



Calles y barrios



M^a CARMEN ORTEGA

Maestra y enfermera nacida en Guadalajara encontró un hogar a las familias gitanas que malvivían en la Magdalena, acompañó a las madres en los partos, escolarizó a los niños, enseñó a conducir a los padres... La semana pasada cumplió cien años, ahora recuerda retazos y duerme plácida. Disfruta con que el sol la acaricie y tanto o más cuando la llevan en coche.

DNI

Nació el 15 de febrero de 1917 en Guadalajara, la mayor de tres hermanos. Estudió Enfermería y Magisterio. Casada con el ingeniero Federico Vega, vivieron 20 años en Yesa, y el resto en Pamplona. Tiene cinco hijos, nueve nietos y siete biznietos.

FRASES

“Qué bien que salgo en una silla de ruedas y no en una caja de pino”, dijo tras un infarto a los 95

¿CONOCE ANÓNIMOS POPULARES?

● Mande todas sus sugerencias a: ciudadano@diariodenavarra.es



Mari Carmen Ortega, 100 años así de bonitos, el martes en su casa de Pamplona.

EDUARDO BUXENS

La maestra amiga de los gitanos

PILAR FDEZ. LARREA Pamplona

MARI Carmen Ortega es mujer, centenaria, y bien podía haber tenido una calle en Pamplona. Es una ciudadana anónima, una de tantas, y ha sido su cien cumpleaños el que ha sacado a la luz una biografía como para aderezar de dignidad varias páginas en la historia de la ciudad, en la de los gitanos, a los que se empeñó en ayudar en cuanto supo de sus condiciones de vida en la Magdalena de los años 60. Lo consiguió, con el único recurso del tesón. Hoy apenas recuerda, duerme plácida, razones no le faltan para descansar tranquila.

Mari Carmen Ortega Chércoles nació en Guadalajara, la mayor de tres hermanos. Su padre murió cuando tenía 6 años, y su madre decidió que estudiara para ayudar a la familia. Se tituló en Enfermería, primero, y en Magisterio después. Con 14 años conoció a su marido, Federico Vega. La Guerra Civil los separó, uno al bando republicano, el otro en el nacional. Tres años infames que no di-

fuminaron su amor. Se casaron. Él, ingeniero de Obras Públicas, trabajó en la construcción del pantano de Yesa. Allí vivieron 20 años y, en ese tiempo, Mari Carmen se dedicó a criar a la familia. Tiene hoy 5 hijos. Después se trasladaron a Pamplona, a la plaza de la Cruz, donde aún vive, y comenzó a ejercer de maestra. Enseguida conoció la realidad de las 38 familias gitanas que vivían en la Magdalena, sin un techo frente al frío endiablado del invierno, y con los niños sin escolarizar.

Mari Carmen escucha, habla poco. Parece una muñequita de porcelana sentada en su sillón, con las manos cruzadas y el moño bien tieso. Menuda y vestida con pantalón, su hija Inma la maquilla ligero para la foto y ella sonríe. Lástima, le faltan sus pendientes preferidos, esos que cuelgan, como los que gustan a las mujeres gitanas. Nada de postureo. Mari Carmen siempre fue de saltarse un poco las reglas. Cuando conoció a aquellas familias, habló con el obispo en busca de ayuda para sacar de allí a los gitanos. Las madres Agustinas

les cedieron el Monasterio Viejo de San Pedro, cuando ellas se trasladaron a Aranzadi, y allí mismo Mari Carmen habilitó un aula donde impartía clase a los niños. Lo hacía fuera de su horario laboral, y luego decidió quedarse unos años con ellos, a pesar de cobrar menos dinero que en un colegio ordinario. Solo regresó cuando los niños gitanos pudieron compartir aula con el resto. Pero hizo más. Instaló un pequeño dispensario en el mismo monasterio, donde ponía inyecciones o daba jarabes. También acompañaba a las madres en los partos. “Sonaba el teléfono a la una de la madrugada, cogía su furgoneta y allá que se iba”, recuerda su hija Inma. Con el mismo vehículo enseñó a conducir a muchos gitanos. Enviudó a los 71 y aún siguió años al volante. También compartió bautizos y hasta bodas. Y peleó para que las familias tuvieran una vivienda.

Ahora, Mari Carmen disfruta con el sol, con que los rayos le acaricien esa piel de porcelana un atardecer cualquiera. Y goza tanto y más cuando la llevan en coche, aunque casi no vea. “Qué bien hija, gracias”, emocionó a Inma en su último recorrido.

La salud le acompañó hasta los 95, cuando sufrió un infarto que ha limitado la actividad cotidiana en la que hasta entonces se desenvolvía. “Qué bien que he salido en una silla de ruedas y no en una caja de pino”, comentó al dejar del hospital, esta mujer de carácter que más de una vez invitó en Nochebuena a algún pobre con el que se cruzó en la calle.